

# Testimoniar: en la vida como en la muerte

**A**hora ya no celebramos aquella Eucaristía familiar alrededor del lecho de Alfonso. En ella, las palabras iban a cargo de Maria Lluïsa, su esposa, o de alguno de sus hijos, sin excluir al más pequeño, Toni, cuya teología era bueno escuchar. Pero los silencios eran de Alfonso.

Silencios de aquiescencia, subrayados por el movimiento afirmativo de la cabeza o por su sonrisa complacida y limpia, a modo de “amén”. El silencio de Alfonso era hondamente comunicativo: sabías lo que quería decir con él; creaba un clima de paz interior y exterior.

Pocas veces quebró este silencio: una vez, en su última estancia en el Hospital, con una emoción inesperada: una ráfaga de lágrimas, una zozobra semejante a la que sacudió la Cruz. Pero lo normal era el silencio que venía de la paz y contagiaba paz. “¿Te ha costado mucho conseguirla, esta paz? ”, me atreví a preguntarle. Y esta vez el movimiento de cabeza dijo “no”.

Otra vez hizo Alfonso una excepción a su participación casi siempre callada en la oración de los fieles: “por la conversión de la Iglesia”, dijiste silabeando, con esfuerzo Yo podría aquí dulcificar esta petición y así quitaría a los bien pensantes el trabajo de imaginar una Iglesia en constante conversión. O, también, podría omitir estas seis palabras de súplica y de esta manera facilitaría a los decepcionados su convencimiento sin lugar a dudas de que la Iglesia no tiene posibilidad alguna de conversión.

Pero, puesto que Alfonso dijo exactamente estas palabras, me toca a mí ejercer de notario y consignarlas aquí, porque son parte de esta verdad que Alfonso buscó con la pasión de su vida: “La Verdad, aunque sea considerada como delito”, que bien podría ser este aforismo una de las claves de su vida junto con el de la entrega a los oprimidos.

La Verdad a veces uno la realiza: la practica. La “hace”, diríamos en catalán. Pero otras veces te encuentras con ella. A Alfonso le he visto “hacer” la verdad en muchos sitios, a veces en sitios inverosímiles como en la cárcel donde nunca perdió su actitud emprendedora, en entrega activa y rápida. Pero Alfonso se encontró también y a fondo con algo muy intenso que podríamos llamar la última verdad de la vida. Cada vez me persuado más que los largos meses que van desde Navidad de 1979 hasta julio de 1980 fueron para Alfonso algo así como una revelación luminosa, como luminoso era su silencio. Por eso tu presencia era más viva y comunicativa que nunca como si hubieras aprendido una nueva manera de estar entre los tuyos, comunicando exactamente lo que querías a tu esposa y a cada uno de tus hijos.

Cada vez me persuado más que estos meses largos fueron para Alfonso un intenso llenarse de claridad: no dejó para nada su proverbial amor a la vida: quiso vivir y vivió intensamente expresando su verdad y su fuerza con medios muy sencillos: la mirada expresiva, unas palabras que salen de dentro, un interés simultáneo por todo lo que ocurría a su alrededor y por lo que estaba más lejos: por la luz que veían los ojos del grabado de Thomas Merton que Alfonso tenía frente al lecho. “¿Qué ve tu mirada, Tom, que yo no veo? ” había escrito todavía con humor y con letra ya temblorosa.

No es raro que tu muerte fuera como abrir una nueva puerta. Y que casi nos empujaras contigo al acompañarte, para que viéramos lo que había al otro lado del dintel. Casi lo conseguiste, pero lo hemos presentado, Alfonso: El Amor después de la entrega. Por eso la muerte se nos ha vuelto más cercana y tierna. Pero nosotros aún no vemos lo que tú ves.

JOSEP M. ROVIRA BELLOSO